

*Fascinación cubana de los noventa:
memoria de viaje de un musicólogo ecuatoriano,
treinta años después*

Cuban fascination of the nineties: travel memory of an
Ecuadorian musicologist, thirty years later

Carlos Gonzalo Freire Soria
Universidad de Cuenca, Ecuador

Resumen: El presente trabajo rescata los elementos más significativos que al cabo de treinta años sobreviven en la memoria de un musicólogo y profesor universitario ecuatoriano, que visitó Cuba en 1990 por motivos culturales oficiales; cuyo paso por La Habana y Santa Clara le permitió conformar todo un imaginario articulado por la clave de la fascinación. Es un tributo del autor al número especial que la revista *Islas* dedica a la cultura de Ecuador; y posee notable interés antropológico.

Palabras clave: La Habana; Santa Clara; arte cubano; movimiento cultural cubano de los noventa; memoria de viaje

Abstract: The present work rescues the most significant elements that after thirty years survive in the memory of an Ecuadorian musicologist and university professor, who visited Cuba in 1990 for official cultural reasons; whose passage through Havana and Santa Clara allowed him to form an entire imaginary articulated by the key to fascination. It is a tribute of the author to the special issue that the magazine *Islas* dedicates to the culture of Ecuador; and has remarkable anthropological interest.

Keywords: Havana; Santa Clara; Cuban art; Cuban cultural movement of the nineties; travel memory

Una luz mortecina acentuaba las sombras de pequeñas imágenes alumbradas con velas de colores. Del fondo de la sala salió la mano de una anciana, que con voz trémula me dijo: «¡Entrégame lo que has traído para mí y mis santos!» Automáticamente, saqué del bolsillo un anillo de acero que no sabía ni por qué había comprado a un artesano en el aeropuerto de Guayaquil; lo entregué con respeto y ella se lo colocó en el dedo anular de su mano izquierda, con tal exactitud y certeza que me hizo dudar de su ceguera. «Es él, mi niña», le dijo a Dulce María (su nieta, acompañante y anfitriona de mi viaje), «pero como ya te he dicho, no es para ti...» Sentí un ligero escalofrío, respiré hondo y tomé conciencia de que ya estaba en Cuba y de que la magia sería el eje transversal de mi visita a la isla; sentí que me faltaba el aire, salí al balcón del pequeño apartamento y, en una hoja de papel timbrado de la propia Unión de Escritores y Artistas de Cuba (véase facsímil), escribí este poema que titularía *Amo en Cuba*:

Amo en Cuba la ardiente clorofila
de los ojos eternos de su gente,
su clima, la calma transparente
de tardes quejumbrosas que contagian
de un hálito vital, acompasado
a largas avenidas somnolientas
que incitan caminar con mansedumbre,
mirando con futuro su presente.
¡Amo en Cuba al son que me susurra
con calma y emoción que está presente!

Amo en Cuba los altos ideales
que corren por sus calles libremente,
las manos que se alzan solidarias
para alcanzar el sol o la simiente,
su eterno sonreír a la esperanza
y el raudo despertar a la conciencia,
sus vientos que despeinan las palmeras
y el mar que se enfurece lentamente.
¡La amo más allá de lo esperado
y siento al gran Changó en mi subconsciente!

(La Habana, 7 de diciembre de 1990)

[8]



UNION DE ESCRITORES
Y ARTISTAS DE CUBA

CALLE 17 No. 241 VEDADO LA HABANA CUBA

Amo en Cuba la ^{verdadera} ~~verdadera~~ clorofila
de los ojos eternos de su gente,
su clima, la calma transparente
de tardes que ~~umbrosas~~ que contagian ^{vital,}
de un hálito ~~incerto~~, acompañado
a largas avenidas somnolientas
que incitan caminar con mansedumbre
mirando con futuro su presente.
Amo en Cuba el son que se susurra
con calma y emoción que ~~está presente~~ ^{está presente}
~~está presente~~

Amo en Cuba los altos ideales
que corren por sus calles libremente,
las manos que se alzan solidarias
para alcanzar el sol o la simiente,
su eterno sonreír a la esperanza
y el grito despertar a la conciencia;
sus vientos que despeinan las palmeras
y el mar que se enfurece lentamente.
La amo más allá de lo esperado
y siento al ~~alegría~~ en mí subconciente.
Beto Changé

La Habana
90-XII-7 13:15

Facsímil del poema *Amo en Cuba*, de Carlos Freire

Habíamos llegado a La Habana la noche de un martes anodino y sombrío. En el aeropuerto nos esperaba Jorge Pucheaux, destacado cineasta (esposo de Dulce María Rodríguez, mi anfitriona), que nos trasladó a su hogar en un auto Lada, con placas oficiales. Ella era la conductora de un noticiero de televisión y hubimos de madrugar para salir «al aire» a las seis de la mañana, y asumir una temprana entrevista que evidenció nuestra llegada a Cuba.

Salimos del canal y nos dirigimos hacia la división de la Unesco para Latinoamérica y el Caribe, en la que el arquitecto ecuatoriano Hernán Crespo Toral ejercía de director. Allí, y luego de una calurosa recepción, pues con él habíamos trabajado en el Museo del Banco Central del Ecuador, me comunicó que Dulce María había propuesto realizar una investigación etnomusicológica en Brasil y El Congo, que había sido aprobada y que yo había sido seleccionado como la contraparte ecuatoriana para dicho proyecto. Con pesar le expliqué a Hernán que yo no podía asumir ese compromiso porque no me habían informado previamente (¿?) y que debía retornar a Ecuador para continuar con mis actividades profesionales en el Banco Central y en la Universidad del Azuay...

En la noche asistimos a una emotiva reunión con artistas e intelectuales cubanos, en casa del cineasta Juan Padrón, creador del personaje televisivo Elpidio Valdés y director de la película *Vampiros en La Habana*. Fue grato encontrar en dicha fiesta al buen amigo cuencano Diego Carrasco, que a la sazón estudiaba Dirección de Teatro en el Instituto Superior de Arte y hoy cursa su doctorado en la isla.

Al día siguiente acudimos a Casa de las Américas, donde el coordinador del área musical, Alberto Falla, compositor, intérprete y fundador del Grupo Camagüey, me entrevistó para la radiodifusora institucional, me obsequió diversas publicaciones e invitó a un delicioso almuerzo caribeño, donde disfruté, por primera vez, de la deliciosa yuca con mojo y de la ropa vieja. Aprovechamos la ocasión para suscribir una carta de intención tendiente a la colaboración mutua entre Casa de las Américas y la Universidad del Azuay.

Gran expectativa teníamos los videoastas y cineastas ecuatorianos con el estreno, en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, de la película *La Tigra*, basada en la novela

[10]

Islas, núm. 193; UCLV, mayo-agosto de 2019.
<http://islas.uclv.edu.cu>

del mismo nombre del escritor José de La Cuadra, dirigida por Camilo Luzuriaga y producida por Lilia Lemos. Acudimos emocionados a su proyección en el célebre Teatro Carlos Marx; desgraciadamente, nuestras expectativas fueron mayores que los resultados de la crítica cubana que, a pesar de la gran aceptación del público, no le adjudicó ningún reconocimiento. El premio Coral de dicho año, 1990, fue para la película *Hello, Hemingway*, dirigida por el cubano Fernando Pérez.

Uno de los motivos fundamentales de mi viaje a Cuba era el participar, como delegado de la Universidad del Azuay, en el Encuentro de Centros de Formación Permanente de Cine y Televisión, organizado por el ICAIC en La Habana. En este evento tuve el gusto de compartir la representación ecuatoriana con el gran periodista Asdrúbal de La Torre, quien era director de la CIESPAL para Latinoamérica y el Caribe. Los temas tratados en este simposio enriquecieron mi percepción acerca de la producción televisiva enfocada hacia la educación; y una conversación mantenida con Fernando Birri, director de la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños y gloria de la cinematografía latinoamericana, fue altamente gratificante.

En el contexto del XII Festival del Nuevo Cine Latinoamericano se reunieron en La Habana destacados intelectuales, cineastas y políticos latinoamericanos; entre ellos el comandante Tomás Borge, de Nicaragua; Fernando Birri, de Argentina; y Jorge Pucheux, de Cuba, para fundar el Centro del Nuevo Cine Latinoamericano. Para el efecto, en una bella quinta en el barrio El Vedado se organizó un importante programa político-artístico-gastronómico, enriquecido en la parte musical con la presencia de Merceditas Valdés, considerada por esos días como la mejor representante del canto Aché de la Isla.

Merceditas Valdés y un grupo de músicos ejecutaban instrumentos tradicionales como tambores batá, marímbula, bombos, cucharas y maracas. Representaron varios cuadros del sincretismo musical cubano. La impactante presencia y peculiar voz de tan singular cantante me atrajeron inmediatamente y, de pronto, estaba en el escenario filmando su actuación, deslizándome entre los músicos y sintiendo la fuerza de un ritual yoruba. Cuando finalizó su performance y yo bajaba del escenario, Merceditas me llamó la atención, no porque me había inmiscuído en su *show*, sino porque —según me explicó— yo era un hijo

de Changó y debería acudir con ella y su grupo a un toque de santos. Debo confesar que tan repentina invitación me causó temor y no la acepté. Quizás fue un error no acudir a dicha cita, para entender o incluso involucrarme en el ámbito mágico-religioso de la música yoruba y, tal vez, hasta para cambiar el rumbo de mi vida.

Uno de los compromisos en aquel viaje era dictar la conferencia «Organología de artefactos sonoros e instrumentos musicales etnográficos del Ecuador» en el Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana. Había preparado mi intervención para un auditorio de estudiantes y ya estaba en la mesa directiva, a punto de iniciar mi alocución, cuando repentinamente ingresaron docentes de la institución y otras figuras. Recuerdo que estaban, entre ellos, Jesús Rencurrel (actualmente docente en nuestra Facultad de Artes en Cuenca), el cantautor Pablo Milanés y el ministro de Cultura de Cuba, Armando Hart, a quien me habían presentado la tarde anterior. La presencia de tan importantes visitantes obligó a que replanteara, sobre la marcha, mi ponencia; y, debo aceptar, me puse algo nervioso. Dándose cuenta de la situación, la rectora del ISA, que estaba a mi lado, me dijo: «Tranquilo, chico; te voy a preparar un café como los que tomamos en Cuba para estas circunstancias ¡y ya vas a ver!» Al poco tiempo me ofreció un diminuto recipiente con una especie de tintura negra y un intenso aroma a café; me lo tomé sin pensarlo dos veces y, en realidad, su efecto fue inmediato. Luego de una exitosa conferencia le pedí la receta de tan deliciosa y eficaz bebida; ella escribió en una servilleta —que aún conservo como testimonio— las características cubanas de un verdadero CAFÉ: Caliente, Amargo, Fuerte y Escaso.

Para referirme al exitoso sistema de la enseñanza musical en Cuba, pongo como referente el caso del entonces adolescente Rainier Pucheux, hijo de mis anfitriones, quien estudiaba clarinete en el Conservatorio de La Habana. Él acudía en las mañanas a su plantel educativo, donde estudiaba su instrumento, las materias del pènsu^m musical y, además, las otras asignaturas (ciencias sociales, matemáticas, química, etc.) que debía aprobar para graduarse en el nivel medio. Retornaba a casa con el instrumento que le facilitaba su plantel, para practicar un repertorio que incluía obras de maestros europeos, de compositores

[12]

Islas, núm. 193; UCLV, mayo-agosto de 2019.
<http://islas.uclv.edu.cu>

cubanos y de músicos populares de su país, y para realizar a la vez las tareas de las otras áreas.

Tuve la ocasión de viajar por tren a Santa Clara, ciudad bella y tranquila, con una destacada actividad académica universitaria en varios centros. En ella disfruté de la amabilidad de su gente, me encontré con compatriotas que cursaban sus estudios superiores en la ciudad (sobre todo, la carrera de Medicina), y evidencí el cariño y respeto por los gestores de la revolución cubana, en especial por el Che Guevara, que en Santa Clara logró descarrilar un tren militar y tomar la ciudad, consolidando el triunfo del Ejército Rebelde sobre el gobierno de Batista.

Cuba me fascinó por la idiosincrasia de su gente, por el cariñoso trato que entre ellos comparten, sin evidenciar diferencias entre las clases sociales, edades o procedencias. Por el buen trato al turista, por la belleza de sus playas, por ese refrescante viento que invita a recorrer sus calles. Por emblemáticos sitios como la Bodeguita del Medio o el Floridita, donde se degustan daiquirís y mojitos, compartiendo con Ernest Hemingway sus recodos preferidos, con la grata compañía de dúos, tríos y solistas que deleitan los oídos con la magia de sus virtuosas interpretaciones; por la variedad y calidad de su ecléctica gastronomía, que halaga el paladar y excita los sentidos, por sus mujeres; en fin, por todo aquello que justifica su apelativo de Isla del Encanto.

Cuando ya retornaba a Ecuador, en el avión sentí que una parte de mi vida se quedaba en La Isla y que debía volver para recuperarla, o quizás para quedarme en ella... para siempre.



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.